

Artículo del día-La escenificación de la actividad pública

Política de Playstation

El matiz es aburrido, no vende. Los problemas podrán ser complejos, pero las soluciones deben ser simples

FRANCISCO
Longo



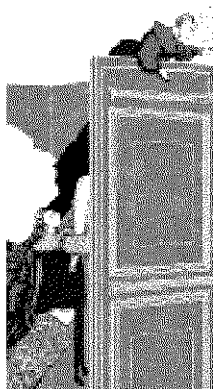
La metáfora de la política como representación escénica es frecuente en nuestras conversaciones. Asumimos también que los medios son el escenario principal del espectáculo y que fuera de ellos la política se torna casi inexistente. Nos hemos acostumbrado a ver cómo se gastan miles de euros en mítines y convenciones cuya finalidad no es sino servir de decorado a la aparición del líder durante unos segundos en los teleseteadores.

Un efecto notorio de la transformación de la política en representación es la restricción de la iniciativa pensante del político. La tarea principal de este no es tanto producir ideas como interpretar, esto es, reproducir con oficio el papel predefinido por un guión. La experiencia interna en el partido prepara al político para este desempeño mediante mecanismos que premian lo previsible tanto como castigan la transgresión -lo que se sale del guión-. Esta experiencia se traslada luego a la acción de gobierno o de oposición previa distribu-

ción de los papeles de protagonista, actor de reparto o figurante, según un casting que responde al mismo sistema de incentivos penalizador de la innovación política. En la práctica habitual de los partidos, la difusión entre los militantes de argumentarios sobre los temas más diversos actualiza la obsesión normalizadora del comportamiento y la va adaptando a la evolución de la agenda política.

Con todo, lo más significativo no es que un político sepa de antemano el papel que debe representar, sino que, en buena medida, conoce también el de su antagonista. En realidad, como en el cine o el teatro, las pautas de conducta de ambos están casi siempre prefiguradas. A veces, antes de la función (éase intervención parlamentaria, rueda de prensa, etcétera) se intercambia información sobre los respectivos guiones, o, simplemente, las convenciones establecidas por la práctica política hacen que las posiciones de unos y otros respondan a patrones consolidados de reparto de papeles. ¿Cabe imaginar algo más previsible, por poner un ejemplo, que las disputas semanales **De la Vega-Sáenz de Santamaría** en las sesiones de control del Congreso?

La irritación que produce en el adversario cualquier extralimitación del rol prefigurado denota hasta



Nuestros políticos rehuyen el debate mientras pueblan los fines de semana de mítines

qué punto incomoda la ruptura del guión preestablecido. En este contexto, es legítimo preguntarse por la relación entre política y realidad. En primer lugar, entre lo que se representa y la agenda política dese-

able. ¿Estamos ante guionistas que, como **Shakespeare**, son capaces de captar los grandes temas de su época, convirtiéndose en reflejo fiel de las peripecias y preocupaciones de sus conciudadanos? Más parece que la trama acostumbra a elegirse en función de lo que resulta más cómodo para ciertos hábitos instalados de controversia política, con independencia de su trascendencia social. ¿Cómo no recordar, por ejemplo, polémicas tan fecundas como la de Educación para la Ciudadanía mientras el sistema educativo hace agua por tantas grietas de mayor calado? El debate político se convierte así, con frecuencia, en un espectáculo autorreferencial al que el ciudadano asiste con creciente percepción de agilidad.

Por otra parte, la cuestión se vincula con la calidad de la obra representada. En este punto, la sustancia de los diálogos suele verse deteriorada por una simplificación de las exigencias del transmisor mediático. Una convención muy difundida, pero sin evidencia empírica, sostiene que los medios requieren mensajes cortos, claros y repetidos. El matiz es aburrido, no vende. Aunque los problemas sean complejos, las soluciones propuestas deben ser simples. Lo más cool, en esta línea, es el mano-

seo banalizador de los valores que nos identifican. Con fraseología ampulosa, renombrados expertos en comunicación política proponen la construcción de relatos que, remitiendo a marcos simbólico-narrativos permitan al ciudadano-espectador detectar con rapidez quiénes son los nuestros y los otros. La función pasa a ser puro espectáculo de guiñol o de videjuego, en el que arquetipos dibujados de forma maniquea rivalizan en halagar las bajas pasiones de sus parroquias ("ídalo cañal"), suplantando la verdadera liberación pública. ¿Se han fijado en que nuestros políticos rehuyen cada vez más el formato de debate, e incluso el de entrevista, mientras pueblan los fines de semana de mítines, mucho más favorables a ese estilo banal y vociferante de comunicación?

Se trata de un tipo de política especialmente perjudicial en contextos de crisis. En momentos así, lo último que necesitamos son pueriles superhéroicos a lo Avatar o imaginarios colectivos de buenos y malos. Nos hacen falta liderazgos de carne y hueso, capaces de sintonizar con la gente diciendo la verdad y buscando con seriedad las respuestas. Además, la práctica de la política como espectáculo dificulta el uso de un instrumento fundamental para afrontar la recesión: el consenso político. ¿Qué van a pactar quienes construyen día tras día su identidad política sobre la caricatura beligerante de sí mismos y de sus adversarios? H

***Director del Instituto de Gobernanza y Dirección Pública de ESADE**